



ARQUIDIOCESIS DE TOLUCA COMISIÓN DE PASTORAL PROFÉTICA DIMENSIÓN DE MISIONES

OBJETIVO GENERAL

Reavivar en nuestra Arquidiócesis de Toluca el espíritu misionero, mediante la oración y la reflexión, para que seamos portadores de la luz y esperanza en Cristo, construyendo el Reino de Dios, especialmente entre las familias y vulnerables.

TEMA 3

MISIONEROS, TESTIGOS DE ESPERANZA, EN UN CAMINO SINODAL Y JUBILAR

Objetivo específico

Suscitar iniciativas misioneras que promuevan la esperanza, la sinodalidad y la fraternidad en las periferias, para ser testigos activos que comparten el mensaje del Evangelio en este Año Jubilar.

Dinámica: Semillas de esperanza

Se invitará a reflexionar sobre cómo una semilla encierra la esperanza y cómo cada bautizado es un signo de esperanza entre los pueblos.

Oración

Señor Jesús, fuente de toda esperanza, te damos gracias por el don de la fe que nos impulsa a ser misioneros de tu amor y paz. Fortalece nuestra vocación de ser portadores y constructores de esperanza en nuestro caminar diario. Ayúdanos a seguir tus huellas,

llevando tu luz a quienes más lo necesitan y a renovar la misión en un mundo que clama por tu presencia. Amén.

Realidad

La realidad del siglo XXI presenta un panorama complejo (cfr. *Evangelii Nuntiandi* n 55). Nos enfrentamos a la polarización (división de diferentes criterios) social, la crisis ambiental, la persistencia de la pobreza y la fragilidad de las estructuras sociales donde nuestra realidad se mueve también con más frecuencia en un entorno virtual (cfr. Dicasterio para la Comunicación. 2023 n 19). En este contexto, la misión cristiana adquiere una relevancia particular. No se trata solo de un anuncio verbal, sino de un testimonio encarnado de la fe que busca responder a las necesidades concretas del ser humano. Los misioneros de hoy son llamados a ser un signo de contradicción en un mundo que a menudo promueve el individualismo y el materialismo (cfr. Lc 2,34). Su labor consiste en construir puentes, en ser voz de los sin voz y en llevar la luz de Cristo a las tinieblas de la desesperanza. Esta dimensión social de la fe, enfatizada por la Doctrina Social de la Iglesia, se convierte en un imperativo misionero (cfr. Mt 28, 19-20).

La misión es la vocación de todo bautizado, ser un sembrador de esperanza en un mundo marcado por la incertidumbre y la desconfianza, esta tarea urgente nos invita a ser portadores de Cristo en nuestros entornos (cfr. DA 209-210). El Jubileo del 2025, convocado bajo el lema "**Peregrinos de la Esperanza**", nos llama a una renovación de esta virtud teologal, tal como lo expresa el Papa Francisco en su Bula de Convocación, (*Spes non confundit* no. 1). La esperanza es el corazón palpitante del testimonio cristiano. Por eso, el lema del Jubileo es: 'Peregrinos de la esperanza'. Es necesario un camino de esperanza, que nos recuerde que 'la esperanza no defrauda' (cfr. Rm 5,5).

La Iglesia se erige como un espacio de reflexión, oración y reconciliación, donde la esperanza cristiana adquiere un papel central. Esta esperanza no se fundamenta en las circunstancias externas, sino en la fe en Dios, en su infinita misericordia y en nuestra obediencia al mandato misionero de Cristo. Como nos recuerda el Concilio Vaticano II en su Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 4: "*La Iglesia, por su propia naturaleza, es misionera, puesto que, según el designio de Dios Padre, tiene su origen en la misión del Hijo y en la misión del Espíritu Santo.*" Así, la misión es una expresión intrínseca de la identidad de la Iglesia y de cada creyente. El Papa Francisco nos anima a ser agentes de cambio y constructores de esperanza, llevando la luz del Evangelio a nuestras comunidades y luchando por la justicia y la paz. Los creyentes están llamados a ser promotores de espacios de escucha dentro de sus comunidades, donde cada persona

pueda expresar sus necesidades y anhelos. En su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 288, el Santo Padre enfatiza: "*Misioneros de la esperanza, los creyentes están llamados a ser: "portadores y constructores de esperanza, 'luchando por la justicia, la fe, la oración y la paz'.*" Ser misioneros es una tarea que va más allá de la evangelización verbal; implica un testimonio de vida que encarne la esperanza que profesamos, demostrando que la fe en Dios puede transformar la realidad y construir un futuro más justo y fraterno. Esta misión se despliega en el compromiso por la paz, como se subraya en el documento *Ad gentes* del Concilio Vaticano II, n. 12: "El amor de Dios se derrama en los corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. Rm 5,5). Por consiguiente, es preciso que los cristianos, con una vida impregnada de caridad, hagan manifiesto el amor con que Dios los ama y que el Señor los ha llamado a ser instrumentos de paz y de perdón, con Francisco de Asís lo afirmaba en su oración donde con una actitud de humildad, pide a Dios que lo haga un instrumento que ayude a renovar la realidad humana:

Oh, Señor, hazme un instrumento de Tu Paz .

Donde hay odio, que lleve yo el Amor.

Donde haya ofensa, que lleve yo el Perdón.

Donde haya discordia, que lleve yo la Unión.

Donde haya duda, que lleve yo la Fe.

Donde haya error, que lleve yo la Verdad.

Donde haya desesperación, que lleve yo la Alegría.

Donde haya tinieblas, que lleve yo la Luz.

Oh, Maestro, haced que yo no busque tanto ser consolado, sino consolar;
ser comprendido, sino comprender;
ser amado, como amar.

Porque es:

Dando, que se recibe;

Perdonando, que se es perdonado;

Muriendo, que se resucita a la

Vida Eterna.

Iluminación bíblica (Lucas 10, 1-9)

Después de esto, el Señor designó a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos para que lo precedieran en todas las ciudades y sitios adonde él debía ir. Y les dijo: «La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para la cosecha. ¡Vayan! Yo los envío como a ovejas en medio de lobos. No lleven dinero, ni alforja, ni calzado, y no se detengan a saludar a nadie por el camino. Al entrar en una casa, digan primero: “¡Que descienda la paz sobre esta casa!”. Y si hay allí alguien digno de recibirla, esa paz reposará sobre él; de lo contrario, volverá a ustedes. Permanezcan en esa misma casa, comiendo y bebiendo de lo que haya, porque el que trabaja merece su salario. No vayan de casa en casa. En las ciudades donde entren y sean recibidos, coman lo que les sirvan; curen a sus enfermos y digan a la gente: “El Reino de Dios está cerca de ustedes” **Palabra del Señor.**

Reflexión

San Lucas, el cual subraya que la misión no está reservada a los doce Apóstoles, sino que se extiende también a otros discípulos. En efecto, Jesús dice que "la mies es mucha, y los obreros pocos" (cfr. Lc 10, 2). En el campo de Dios hay trabajo para todos. Pero Cristo no se limita a enviar: da también a los misioneros reglas de comportamiento claras y precisas. Ante todo, los envía "de dos en dos" para que se ayuden mutuamente y den testimonio de amor fraterno. Para ser "portadores y constructores de esperanza" en nuestra Iglesia particular de Toluca, nuestra sinodalidad debe ser, ante todo, un ejercicio de fe, reconociendo en nuestro pastor la voz de Cristo; de obediencia a las normas que recibimos por medio de nuestro Arzobispo y a los acuerdos en nuestra Arquidiócesis, sin buscar el lugar en donde mejor nos acomodemos; sino de compromiso con nuestra comunidad en la que vivimos (cfr. DA 211,214); de ayuda mutua, en donde busquemos ayudar al necesitado; un ejercicio de escucha al mismo Jesús que a través de nuestro pastor nos sigue enviando a ser misioneros entre los pueblos, **“¡Vayan! Yo los envío como a ovejas en medio de lobos”** (cfr. Mt10, 16).

Nuestra situación no es distinta de la de los primeros discípulos, hoy también somos portadores de paz y esperanza ante la llegada del esperado. El Jubileo de la esperanza nos impulsa a salir de nuestras inercias y a discernir los caminos concretos para llevar esperanza a nuestra Arquidiócesis, especialmente en las periferias como fue la insistente llamada del Papa Francisco: *"Salir a las periferias, a las periferias existenciales de hoy, y a hacer resonar allí la palabra del Evangelio"*. Presentes en la masa de la historia como levadura de unidad, de comunión, de fraternidad. La fraternidad necesita

ser descubierta, amada, experimentada, anunciada y testimoniada, con la esperanza confiada de que es posible gracias al amor de Dios.

Motivados por el Jubileo de la esperanza, hagamos una peregrinación hacia nuestro interior y vayamos ahora a las periferias personales, que quizás no nos hemos atrevido a mirar, ahí donde nuestras heridas nos aprisionan, donde podemos mirarnos como Dios nos mira con todas nuestras debilidades, fracasos y miserias; permitamos llevar esperanza a nuestra propia vida, aceptando la misericordia de este jubileo que nos libera, para que así desde nuestro interior cultivemos la esperanza en Cristo, y así formar comunidades que se conviertan en testigos de esa esperanza transformadora, llevándola a quienes más lo necesitan. Ser misionero de esperanza implica no solo predicar el Evangelio, sino también construir, con la misericordia y la solidaridad, un mundo más justo y fraterno transformando no solo la propia vida, sino también la sociedad, siendo instrumentos de esperanza, caridad, paz, justicia y reconciliación en medio de un mundo necesitado de Dios.

Como Misioneros portadores y constructores de esperanza en un camino jubilar, estamos llamados a la renovación espiritual, a vivir y transmitir la esperanza cristiana de manera activa a todos, para cumplir con la misión de bautizados. Como misioneros de esperanza, seamos agentes de transformación, llevando consigo la luz del Evangelio y siendo testigos vivos de la esperanza que nunca defrauda, como bien afirma el Papa Francisco en la bula de convocación, la esperanza cristiana no es una mera expectativa de futuro, sino una virtud que se arraiga en la fidelidad y el amor de Dios “la esperanza no defrauda” (Romanos 5,5) que la esperanza, cuando se encuentra en Cristo, es sólida y confiable, incluso en los momentos más difíciles de la vida. Esta esperanza, que no avergüenza, se basa en la promesa de salvación y en la constante presencia de Dios en medio de las pruebas.

Estamos llamados a vivir y a compartir esta esperanza, a responder a este impulso misionero que nos produce nuestro encuentro con Cristo, y convertirnos en portadores y constructores de esperanza para el mundo, pues no caminamos solos, sino en comunidad, sinodalidad, y la esperanza debe ser compartida con aquellos que más lo necesitan (cfr. Documento final de la sinodalidad 4).

Redescubramos que la misión no es simplemente un acto de predicación o evangelización, sino una actitud constante de servicio y testimonio de la fe. Los misioneros portadores de esperanza son aquellos que, a través de sus palabras y acciones, dan testimonio de la esperanza que nace de la experiencia del amor y la

misericordia de Dios. El Jubileo, como tiempo de gracia, invita a cada cristiano a salir al encuentro del otro, especialmente de los más necesitados, y ser testigos vivos de la esperanza cristiana. Este llamado misionero implica ser portadores de una esperanza que no se limita a las palabras, sino que se materializa en hechos concretos de caridad, justicia y solidaridad. La esperanza cristiana, en este contexto, se convierte en una fuerza que transforma no solo el corazón del creyente, sino también las estructuras sociales y humanas, contribuyendo a la construcción de un mundo más justo y fraterno.

En tiempos de dificultades y crisis, los cristianos deben ser luz y testigos de una esperanza que no cede ante la adversidad, sino que, por el contrario, se fortalece y se extiende. El camino sinodal que estamos llamados a recorrer nos invita a caminar juntos, escuchando no solo la voz de nuestros pastores, sino también a cada miembro de la comunidad. Este proceso sinodal promueve una Iglesia más inclusiva, donde la voz de todos tiene valor y donde todos pueden contribuir a la construcción de un mundo mejor.

“En términos simples y sintéticos, podemos decir que la sinodalidad es un camino de renovación espiritual y de reforma estructural para hacer a la Iglesia más participativa y misionera, es decir, para hacerla más capaz de caminar con cada hombre y mujer irradiando la luz de Cristo”.

Cultivar la sinodalidad es una forma de vivir este Jubileo de nuestra Arquidiócesis. Primero: "[...]Debe expresarse en el modo ordinario de vivir y obrar de la Iglesia. Este modo de vivir y actuar se realiza mediante la escucha comunitaria de la Palabra y la celebración de la Eucaristía, la fraternidad de la comunión y la corresponsabilidad y participación de todo el Pueblo de Dios, en sus diferentes niveles y en la distinción de los diversos ministerios, roles, en su vida y en su misión" (CTI, n. 70a).

En un sentido más específico y determinado desde el punto de vista teológico y canónico, se refiere a aquellas estructuras y procesos eclesiales en los que la naturaleza sinodal de la Iglesia se expresa a nivel institucional, de modo análogo, en los diversos niveles de su realización: local, regional, universal. Y tercero, "la realización puntual de aquellos eventos sinodales en los que la Iglesia es convocada por la autoridad competente y según procedimientos específicos determinados por la disciplina eclesiástica, implicando de diferentes modos, a nivel local, regional y universal todo el Pueblo de Dios bajo la guía de los obispos en comunión colegial y jerárquica con el Obispo de Roma, para el discernimiento de su camino y de las cuestiones particulares, y

para la toma de decisiones y orientaciones en orden al cumplimiento de su misión evangelizadora" (CTI, n. 70c).

La sinodalidad no es un fin en sí misma, sino que apunta a la misión que Cristo ha confiado a la Iglesia en el Espíritu. Evangelizar es “la misión esencial de la Iglesia [...] es la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad profunda” (EN 14). Estando cerca de todos, sin distinción de personas, predicando y enseñando, bautizando, celebrando la Eucaristía y el sacramento de la Reconciliación, todas las Iglesias locales y la Iglesia entera responden concretamente al mandato del Señor de anunciar el Evangelio a todas las naciones (cf. Mt 28,19-20; Mc 16,15-16).

Valorando todos los carismas y ministerios, la sinodalidad permite al Pueblo de Dios anunciar y testimoniar auténtica y eficazmente el Evangelio a las mujeres y a los hombres de todo lugar y tiempo, haciéndose “sacramento visible” (LG 9) de la fraternidad y unidad en Cristo querida por Dios. Sinodalidad y misión están íntimamente ligadas: la misión ilumina la sinodalidad y la sinodalidad impulsa a la misión. Como misioneros, debemos reconocer que el júbilo que se manifiesta en la diversidad cultural, social y espiritual de nuestras comunidades refuerza nuestra capacidad para dar esperanza a los demás. La misión no se trata solo de llevar una doctrina; se trata de construir relaciones auténticas y solidarias, que nutran el espíritu y fomenten el sentido de pertenencia.

Compromiso misionero

- Se invita a los participantes a que escriban en una tarjeta lo siguiente:

¿Qué significa para mí ser un misionero portador de esperanza?

¿Cuáles son las semillas de esperanza, como actos concretos que quiero plantar en mi comunidad?

Compartirán sus respuestas y pueden crear un compromiso comunitario que refleje su compromiso sinodal para con su comunidad.

Plantarán las semillas en la maceta como símbolo del compromiso que han hecho y se llevarán la tarjeta en la funda del celular o la cartera para recordar su compromiso misionero.